

San José, Costa Rica

30 de Enero 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 74

La Elegía de Gray

Interpretación

A Carmen Jiménez con el mayor afecto

Desde la alta torre, con queja doliente,
da su adiós postrero la campana al día;
el rebaño baja lenta, lentamente,
y hacia el llano avanza sonando el mugiente
clarín de sus voces con melancolía.

Los labriegos llenan todos los caminos
polvorosos; llevan sobre sus semblantes
la noble tristeza de los campesinos;
y en tanto que marchan—mudos peregrinos—
la sombra lo invade todo por instantes.

Ya el sol ha cerrado la enorme pupila
que en el horizonte simuló una hoguera,
y en el seno augusto de la hora tranquila
recuesta sus dulces acentos la esquila,
y el campo se aquieta como si durmiera.

Sólo en la vetusta torre que negrea
entre los cipreses que la sombra baña,
la lechuza insomne furiosa aletea,
mientras que la luna con amor platea
las nubes que velan sobre la montaña.

Bajo esos cipreses que la edad derrumba
duermen, olvidados, el último sueño,
—libres de la humana, revuelta balumba—
los viejos labriegos que hallaron su tumba
allí donde irguieron su postrer empeño.

El fresco saludo de la fresca aurora,
el dulce gorjeo de la golondrina,
el clarín del gallo, la trompa sonora
del pastor, ya nunca, ya nunca a la hora
de la madrugada riente y cristalina,
han de despertarlos en su angosto lecho.
Del hogar, para ellos, las llamas rojizas
ya no alzarán cantos de luz hasta el techo,
mientras del abrazo terrible y estrecho
de amor, de los troncos, sólo habrá cenizas.

Ya para ellos nunca, terminado el día,
habrá en la cabaña caricias que esperan,
ni entre los clamores de su algarabía
les darán los niños con loca alegría
los besos que antaño tanta miel tuvieran.

Cuántas veces, cuántas, las rubias espigas
cayeron al golpe de sus corvas hoces!
Cuántas veces, cuántas, las selvas amigas
tendieron alfombras ante sus fatigas
y los arrullaron con sus frescas voces!

Ah! no permitamos que las ambiciones
burlen sus labores útiles y oscuras,
ni que las historias de sus corazones
sufran la insolencia de los pisotones
ni el desdén que baja desde las alturas!

Las locas jactancias y las insolentes
pompas que el dinero y el poder despliegan,
por igual esperan las horas murientes
en que desatadas todas las corrientes
de la vida, al borde del sepulcro llegan.

Y vosotros, reyes del orgullo humano,
no digáis que es culpa de los andrajosos
si el mármol no eleva su esplendor lozano
sobre de sus tumbas, y si el canto llano
por ellos no atruena los templos piadosos.

¿Pueden un erguido monumento acaso,
o las claras voces de las alabanzas,
agitar de nuevo la quietud del brazo,
o en el pensamiento desatar el lazo
con que ató la muerte sus desesperanzas?

Tal vez en la calma de este campesino
cementerio, duerme su apacible sueño
un hombre que supo del fulgor divino
y pudo en los aires derramar su trino,
y pudo en la vida prodigar su ensueño.

Pero por desgracia las páginas bellas
de la ciencia, nunca mostraron su encanto
a estos silenciosos pastores de estrellas
sobre cuyas frentes imprimió sus huellas
la racha que lleva las gotas del llanto,
como tantas joyas preciosas que ruedan
y en el mar sepultan sus fulgores ciertos,
como tantas flores que distantes quedan
de los dulces ojos que mirarlas puedan:
rosas, perfumando lejanos desiertos.